

le Polaire Arctique

Kevin R. Wittmann

# LA HUELLA de los MAPAS

Cartografías de lo humano

geoPlaneta

*Kevin Rodríguez Wittmann*

# LA HUELLA *de los* MAPAS

*Cartografías de lo humano*



LA HUELLA DE LOS MAPAS – Cartografías de lo humano  
1.ª edición  
geoPlaneta  
Diagonal 662-664. 08034 Barcelona  
info@geoplaneta.es – www.geoplaneta.com

© Editorial Planeta, S.A., 2023  
© Textos: Kevin Rodríguez Wittmann, 2023  
© Imágenes: tal como se indica en p. 364  
Diseño de cubierta: Alejandra Acosta

ISBN: 978-84-08-27460-5  
Depósito legal: B. 7.400-2023  
Impresión y encuadernación: TG Soler  
Printed in Spain – Impreso en España

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# SUMARIO

PRÓLOGO .....	6
INTRODUCCIÓN.....	II
SOMOS LO QUE CARTOGRAFIAMOS	
I. <i>HOMO CARTOGRAPHICUS</i> .....	20
II. LOS LUGARES DE VERDAD NO SALEN EN LOS MAPAS.....	50
III. MIRANDO AL ESTE .....	80
IV. MAPAS Y TRENZAS: LIBERTAD E IDENTIDAD .....	124
V. DE CÓMO NUESTRA VISIÓN DEL MUNDO NACIÓ EN UNA BIBLIOTECA .....	150
VI. MAPAS HUMORÍSTICOS, MAPAS COMO ESPEJOS.....	186
VII. ESPIONAJE, DIPLOMACIA, NAVEGACIÓN Y HOJAS DE COCOTEROS..	228
VIII. LOS MAPAS CREAN MUNDOS INESPERADOS .....	260
IX. MAPAS Y ARTE: LA GRAN SIMBIOSIS .....	310
BIBLIOGRAFÍA .....	356
CRÉDITOS Y REFERENCIAS DE LAS IMÁGENES .....	364
AGRADECIMIENTOS .....	366



I

*Homo cartographicus*

*Hasta que los dibujamos, los lugares dan miedo.  
Cuando lo hemos dibujado, y el camino que lleva hasta él,  
solo entonces nos sentimos dueños del lugar.*

JUAN MAYORGA, *El cartógrafo*

Julio de 1993. Cueva de Abauntz, Navarra. Un grupo de arqueólogos, liderados por la Dra. Pilar Utrilla y el Dr. Carlos Mazo, lleva casi veinte años excavando la zona e investigando los yacimientos prehistóricos de la cueva. El espacio es muy reducido (apenas caben unas pocas personas), pero alberga evidencias de ocupación humana desde el Paleolítico medio hasta el Bajo Imperio romano, lo que demuestra el valor estratégico del lugar. Entre el abundante material hallado en la cueva, el equipo de arqueólogos encuentra dos pequeños cantos de caliza, que las pruebas de carbono-14 permiten datar hace 13 660 años y que muestran una serie de incisiones. Uno de esos cantos contiene un galimatías de líneas entrecruzadas, elementos curvos y dibujos geométricos que no parecen atender a representación figurativa alguna.

Este objeto se hallaba oculto en la oscuridad, como esperando a que alguien accediera al recinto y lo encontrara. De hecho, cerca de la piedra descubrieron un conjunto de buriles, seguramente utilizados para grabar las incisiones, que, por tanto, debieron de hacerse *in situ*. Ciertamente representaban algo, y la pieza se convirtió en un rompecabezas que ocupó quince años de investigación de Utrilla y su equipo.

Durante ese largo período de trabajo, los arqueólogos identificaron lo que parecían ser figuras animales y antropomorfas y las interpretaron como parte de un relato de caza. En una de sus caras detectaron, entre otros deta-

lles, dos ciervos, diversas cabras, una posible figura antropomorfa, algunos caballos y una especie de ternero, mientras que la cara opuesta de la piedra presentaba asimismo algunos animales, siendo dos ciervas los elementos más reconocibles. Las figuras denotaban un interesantísimo sentido de la perspectiva y de la profundidad. El equipo de arqueólogos publicó los resultados de su estudio y sus propuestas de identificación en varias revistas científicas, incidiendo en la genial representación de las figuras animales.

Sin embargo, años después, un simple comentario de una estudiante de la Dra. Utrilla sobre una de las líneas representadas en la piedra hizo que todo cambiara. Utrilla se fijó entonces en una de las fotografías del entorno de la cueva y reparó en algo: una de las figuras se parecía llamativamente al perfil del monte de San Gregorio, que se encuentra frente a la cueva. ¿Era posible? ¿Representaba esa pieza caliza algo más que animales y figuras antropomorfas? De repente, se hizo la luz. A partir de esa identificación, el entorno circundante de la cueva tomó forma en la piedra: la montaña, el río, sus afluentes, el vado, los senderos, los charcos de la zona llana..., todo. El paisaje cercano renació en la piedra. La solución había estado delante de sus narices desde el primer momento. Pero habían adoptado un enfoque erróneo: lo importante no eran los animales, sino la representación del espacio.

Los arqueólogos concluyeron que esa pequeña piedra caliza, agazapada en la oscuridad de la cueva durante miles de años, representaba el entorno circundante. Es decir, era un mapa. Un mapa realizado durante el Magdaleniense superior, hace casi 14 000 años. Uno de los más antiguos encontrados jamás.

La noticia recorrió rápidamente los medios de comunicación nacionales e internacionales: «Hallado en España el mapa más antiguo de Europa Occidental». Su repercusión mediática llegó a Francia, Reino Unido, Alemania, Estados Unidos, Corea del Sur... El hallazgo cayó como una bomba en la







Mapa de Abauntz.

comunidad científica y dio mucho que hablar. Pero, sobre todo, que debatir. En general, la hipótesis de Utrilla y su equipo fue tomada como una prueba de la importancia que ha tenido para el ser humano, casi desde sus inicios, la representación gráfica del entorno, aunque para algunos especialistas, como Jill Cook, jefa del Departamento de Prehistoria del Museo Británico, no estaba claro que la piedra fuera un mapa. En declaraciones a *New Scientist*, Cook argumentó que en Europa es habitual encontrar objetos con ese mismo tipo de grabados; además, los cazadores estaban tan familiarizados con su entorno inmediato y con los elementos naturales que los rodeaban que no debían de necesitar ningún tipo de mapa.<sup>1</sup>

Con todo, Utrilla defiende que no existen otros bloques grabados que representen un paisaje con ese nivel de detalle. La naturaleza representativa de la pieza de Abauntz, su plasmación gráfica del espacio circundante, la convierte en un objeto único. Es producto de una observación directa del entorno y su ejecución pone de manifiesto un asombroso grado de abstracción. En el bloque, las cabras más próximas al observador se representan de manera más realista, mientras que en un segundo plano solo vemos cuernos en V y orejas. Tales elementos revelan un sentido de la perspectiva que hacen de esta representación una joya del arte prehistórico, de enorme valor para conocer la relación de nuestros antepasados con el entorno.

Ahora bien, si el canto de Abauntz representa un mapa del entorno, ¿cuál era su cometido? En una entrevista al *Diario de Navarra*, la propia Utrilla expresaba sus dudas de que algún día se pueda llegar a descubrir la finalidad del mapa, ya que eso implicaría encontrar los puntos marcados sobre el terreno, algo casi imposible después de más de 13 600 años.<sup>2</sup> Es

1 Charles Choi, «A pocket guide to Prehistoric Spain», en *New Scientist*, 8 de agosto del 2009, págs. 8-9.

2 Ainhoa Piudo, «Vimos que la montaña real y la de la piedra eran iguales», en *Diario de Navarra*, 6 de agosto del 2009, <https://www.diariodenavarra.es/archivo/actualidad/20090806/verano/vimos-montana-real-piedra-eran-iguales.html>.

probable que los autores de las incisiones fueran cazadores nómadas y dibujaran mapas de la zona para que sirvieran de guía a posteriores visitantes. O quizá se trate de la representación narrativa de una determinada cacería. Seguramente nunca lo sabremos, pero el hecho de que alguien, hace más de 13 600 años, recreara el paisaje desde un punto de vista cartográfico demuestra la tendencia del ser humano a relacionarse gráficamente con el entorno. Porque un espacio se vuelve cercano, mensurable, cuando se cartografía. Al representar un lugar, lo ponemos bajo nuestro control cognitivo. Un mapa es un puente entre lo que observamos y lo que percibimos. Entre lo externo y lo interno. Entre lo objetivo y lo subjetivo. La mirada del cartógrafo, como la del artista, es, por definición, selectiva. Redefine la realidad. Por eso alguien, en una remota y oscura cueva del norte de la península ibérica, milenios antes de la aparición de la escritura, representó su entorno en una pequeña piedra.

Quizá nunca lleguemos a confirmar al cien por cien que el grabado de la piedra de Abauntz es un mapa (la interpretación de objetos prehistóricos siempre está sometida a cierto grado de incertidumbre), pero se trata de una hipótesis que ha convencido a una parte importante de la comunidad científica. Aun así, es posible que se descubran otros ejemplos de «mapas prehistóricos» que arrojen luz sobre la manera en que la especie humana se ha relacionado con el entorno desde sus orígenes.



Aquí es necesario aclarar una cuestión que parece obvia, pero resulta fundamental: como veremos a lo largo de estas páginas, durante gran parte de la historia, quienes creaban mapas no sabían que lo estaban haciendo. No se tenía conciencia de los mapas como algo autónomo, independiente.

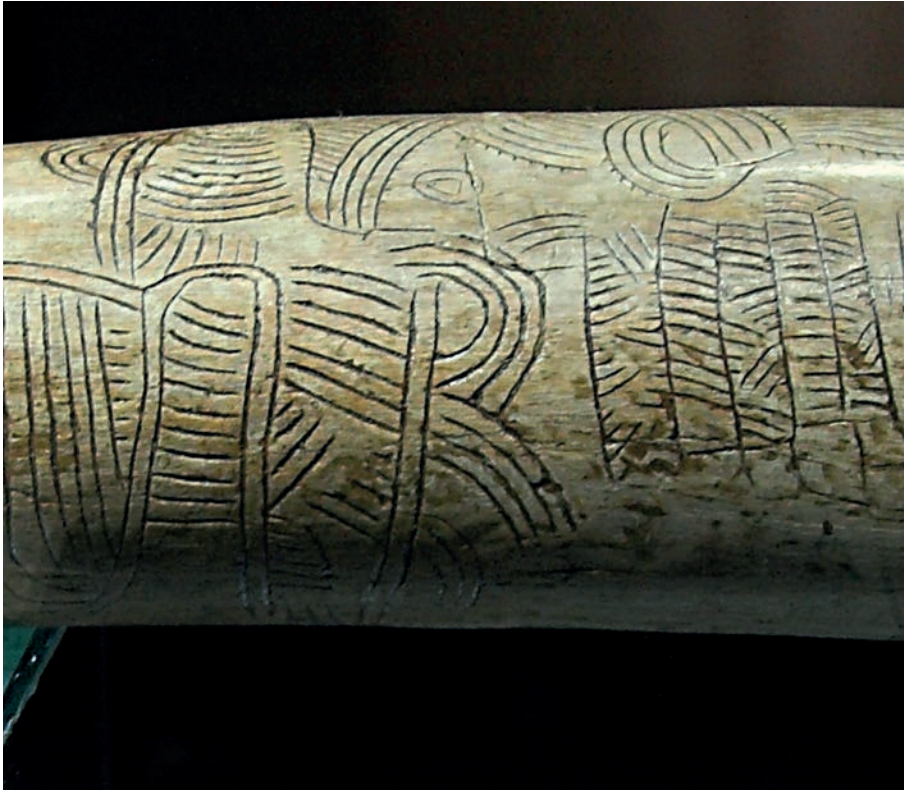
Si la reconsideración del concepto de mapa es clave para entender lo que estoy tratando en este libro, cuando nos ocupamos de la prehistoria es especialmente reveladora. Hablar de mapas prehistóricos es hablar de arte prehistórico. Si nos ceñimos a nuestra noción moderna de mapa para valorar estas representaciones, el fracaso está asegurado. Por otro lado, hace ya décadas que se demostró que la capacidad cognitiva del *Homo sapiens* no ha variado desde poco después de su aparición, hace 200 000 años. Casi desde el principio de nuestra existencia como especie hemos sido capaces de interpretar signos abstractos y comprender información semiótica de



Colmillo de mamut de Pavlov.

acuerdo con un modelo de representación compartido por nuestra comunidad. En otras palabras, un *Homo sapiens* de hace 150 000 años podía interpretar un mapa tal y como lo hacemos nosotros. Así que, de nuevo, abramos la mente y viajemos, por un momento, a la actual República Checa. Concretamente, a la región de Moravia.

A finales de los ochenta, el arqueólogo checo Bohuslav Klíma descubrió en Pavlov (Moravia Meridional) un colmillo de mamut, de más de 36 centímetros de longitud, que databa del Paleolítico superior y tenía grabado un sistema de representaciones geométricas que, al parecer, iba más allá de una simple función decorativa. De hecho, Klíma, tras un concienzudo análisis de la pieza, concluyó que se trataba de un mapa con elementos topográficos del lugar, como un serpenteante río y la montaña que domina la zona, y la indicación de un asentamiento humano mediante dos pequeños círculos en el centro del colmillo. ¿Hasta qué punto podemos probar que la teoría de Klíma es cierta? Es una hipótesis bastante interpretativa que no ha generado unanimidad en la comunidad científica. Sin embargo, después de comparar los dibujos del colmillo con los de otros objetos encontrados en la estepa euroasiática, algunos investigadores han postulado que, en efecto, esos símbolos lineales representan el entorno circundante. Pero ¿de qué manera?, ¿con qué objetivo? De nuevo, intentar reconocer todo el paisaje representado es un trabajo infructuoso, porque su creador no necesitaba incluir toda la información visual, sino solo aquella que pudiera ser de ayuda para la caza. Según arqueólogos como Jiří Svoboda, la pieza de Pavlov contiene indicaciones utilitarias, estratégicas, para los cazadores. El mismo Svoboda compara el contexto en el que debió de crearse con el de las sociedades de cazadores-recolectores actuales, como la de los sanes de Botsuana, que elaboran mapas de carácter simple pero práctico que se centran en los detalles relacionados con la explotación del terreno y el aprovechamiento de los recursos, desechando



Detalle del colmillo de mamut de Pavlov.

cualquier otra información.<sup>3</sup> La adaptación al medio es una parte crucial del desarrollo de la humanidad, de modo que los mapas debieron de ser una herramienta clave en ese proceso. Sin embargo, aunque los mapas se sirvan

3 Jiří A. Svoboda, «On Landscapes, Maps and Upper Paleolithic Lifestyles in the Central European Corridor: The Images of Pavlov and Předmostí», en *Veleia*, núm. 34 (2017), págs. 67-74, <https://ojs.ehu.eus/index.php/Veleia/article/download/18074/17085>.

de un sistema simbólico de signos aprehendido por la comunidad, no se puede afirmar que la creación de mapas y la escritura vayan necesariamente de la mano. Son muchos los pueblos ágrafos que elaboran y utilizan mapas, como los propios sanes de Botsuana, los iowas de Norteamérica, los yolngus del noreste de Australia y los nativos de las Islas Marshall. Alrededor de todo el planeta y en todas las épocas, más allá de condicionantes tecnológicos, culturales o mentales, el ser humano ha creado mapas. Probablemente, desde las primeras fases de nuestro desarrollo como especie.



Se ha defendido la existencia de mapas prehistóricos, o al menos de representaciones de naturaleza cartográfica, en numerosos yacimientos a lo largo y ancho del mundo, como España, Israel, Ucrania, Francia, Suiza, Italia, Argelia o China, entre muchos otros lugares. Y siempre surge la pregunta de su finalidad. ¿Cuál debió de ser el motivo para que, milenios antes de la aparición de la escritura, un grupo humano cartografiara un territorio? De nuevo, la respuesta es más compleja de lo que pueda parecer a simple vista. Podemos decir que los objetivos de los mapas prehistóricos son relativamente heterogéneos. Hace poco, Pilar Utrilla, Carlos Mazo, Rafael Domingo Martínez y Manuel Bea, en un artículo sobre los mapas en el arte prehistórico, propusieron una categorización que ayuda a comprender estas realidades.<sup>4</sup> Según estos investigadores, los pueblos prehistóricos creaban mapas no solo para indicar la posesión de determinados territorios destinados a la caza, sino también para establecer rutas de movilidad o marcar el acceso a puntos agrí-

<sup>4</sup> Pilar Utrilla, Carlos Mazo, Rafael Domingo Martínez y Manuel Bea, «Maps in Prehistoric Art», en Iain Davidson y April Nowell (eds.), *Making Scenes: Global Perspectives on Scenes in Rock Art*, Berghahn, Nueva York y Oxford, 2021, págs. 207-222.

colas, documentar una reproducción a escala de los alrededores y ofrecer una narración de un suceso en particular. No se trata de elementos que se limiten a representar el paisaje, sino que forman parte del desarrollo, la transformación y la transmisión narrativa del ser humano.

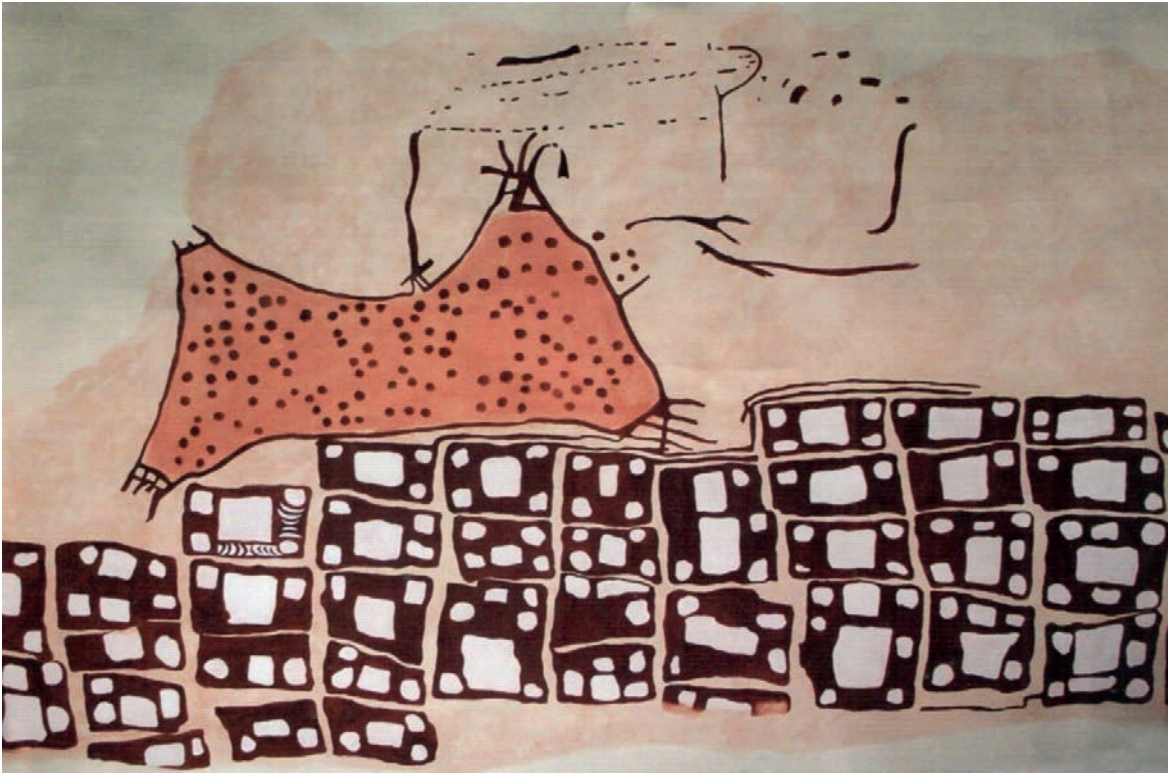
Este uso como narración de un suceso nos lleva a otro punto del mapa: la península de Anatolia. Cerca de la ciudad de Konya (o Iconio), en la actual Turquía, nos espera uno de los asentamientos neolíticos más importantes de la antigüedad, que viene siendo excavado y estudiado desde los años sesenta: el yacimiento de Çatalhöyük. Oculto en la península de Anatolia durante milenios y declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco desde el 2012, tiene un valor inestimable para el estudio de nuestro pasado remoto y del desarrollo social del ser humano en el Neolítico. Fue habitado desde el 7400 hasta el 6500 a. C. aproximadamente y presenta una extensa estructura de gran complejidad. Consiste en un entorno urbano que pudo llegar a ocupar más de 13 hectáreas y albergar a entre 5000 y 10 000 personas. Por supuesto, no era una ciudad en la concepción moderna y occidental del término; las excavaciones han mostrado un asentamiento sin calles y organizado en vecindarios de unas treinta viviendas. A estas se accedía desde el tejado, descendiendo por unas escaleras. En el interior de muchas casas, que incluían elementos como una chimenea y un horno oval, se encontró un elevado número de restos humanos, lo que llevó a los arqueólogos a concluir que los enterramientos se realizaban dentro del propio hogar. Además, el espacio en el que se hallaron estas sepulturas (la parte situada en el lado noreste de la vivienda) albergaba una serie de pinturas con figuras antropomorfas, cabezas de animales y motivos geométricos que, según los arqueólogos, eran de carácter ritual. Todos estos vestigios apuntan a que en Çatalhöyük se hacía uso de un complejo sistema simbólico cuyo estudio será clave para comprender esta sociedad.



Sin ir más lejos, una de las imágenes más conocidas asociadas al yacimiento es una pequeña figura antropomorfa con rasgos femeninos que aparece sentada y flanqueada por dos leopardos, interpretada por los especialistas como un ídolo de fertilidad.

Pero volvamos a las viviendas. Entremos en una de ellas y dirijámonos al espacio del enterramiento. Ahí, en una de las paredes, hay una pintura mural hallada en la tercera campaña de excavación de Çatalhöyük, en 1963, por el arqueólogo James Mellaart (que fue quien descubrió el yacimiento en 1961). Esta pintura muestra una serie de rectángulos blancos y negros dispuestos en varios niveles y sobre los cuales se erige una forma irregular de color naranja con pequeños puntos negros. Al poco de su hallazgo, Mellaart la relacionó con el espacio urbano que la rodeaba, es decir, con el propio asentamiento a vista de pájaro, mientras que la forma irregular de la sección superior correspondía al monte Hasan, un volcán (actualmente inactivo) situado a unos 130 kilómetros. Los trazos que parecen salir despedidos de la figura indican una posible erupción del volcán. Si nos atenemos a esta interpretación (como ha hecho la mayoría de la comunidad científica), no estamos sino ante un mapa. Una narración en forma cartográfica realizada en torno al 6550 a. C. Esto llevó a la comunidad científica y a los medios de comunicación de todo el mundo a considerar que la pintura de Çatalhöyük era el mapa más antiguo conservado, o, en palabras más grandilocuentes, el primer mapa de la humanidad. Hasta que Pilar Utrilla y su equipo presentaron la piedra de Abauntz, 5000 años más antigua.

La identificación de la pintura de Çatalhöyük con un mapa del asentamiento y del monte Hasan en erupción también tuvo sus detractores. Las cosas nunca son fáciles en el mundo académico, y mucho menos en arqueología. Años después, algunos investigadores rebatieron el «mapa de Çatalhöyük» argumentando que solo se trataba de motivos geométricos



Supuesto plano de Çatalhöyük con el volcán en erupción.

presentes en muchas otras viviendas; por otro lado, visto desde Çatalhöyük, el monte Hasan no presenta la forma que tiene en la pintura, y no había evidencias de ninguna erupción que pudiera tomarse en consideración. Quienes se oponían a la teoría del mapa propusieron otra interpretación: en vez de un volcán en erupción, podía ser una piel de leopardo, un motivo común en las culturas neolíticas de Anatolia. De hecho, la primera

interpretación de Mellaart antes de decantarse por la del volcán fue justo esa, la de una piel de leopardo.

Pero las cosas no acaban aquí. Estudios geológicos más recientes han demostrado que, en efecto, se produjo una erupción del monte Hasan hace unos 8900 años, en unas fechas llamativamente cercanas a la datación de la pintura de Çatalhöyük (hace unos 8570 años). Este hallazgo reaviva una interpretación que ha sido fundamental en los estudios arqueológicos y cartográficos de la segunda mitad del siglo xx y principios del xxi. ¿Es la pintura mural de Çatalhöyük un plano de la ciudad y una vista del volcán en erupción? ¿O se trata más bien de simples motivos geométricos y de la representación de una piel de leopardo? Aunque las evidencias terminaran por demostrar la primera opción, ya no podríamos decir que es el primer mapa de la humanidad, pero sí un ejemplo precoz del carácter narrativo de los mapas. Como veremos a lo largo de este libro, los mapas narran historias. Nos cuentan sucesos del pasado, del presente e incluso del futuro. Nos convierten en espectadores, en receptores de una determinada información, ya sea en las sociedades actuales o en un asentamiento de la península de Anatolia de hace más de 8500 años.



Los alrededores de una cueva. Información útil para la caza. La narración de un suceso importante para la comunidad. Hasta ahora hemos visto ejemplos de mapas (o posibles mapas) que nos muestran el entorno desde diferentes perspectivas y por motivos diversos. Traducen en un lenguaje gráfico una visión (y selección) directa, horizontal, del entorno. Pero no podemos dejar atrás otra dirección de la mirada: la vertical. Una mirada que no persigue

el control, sino la comprensión. Que no se dirige a lugares cercanos, sino a horizontes inalcanzables. Que no observa el territorio, sino los cielos.

A finales del verano de 1940, Francia estaba sumida en la traumática ocupación nazi. El 12 de septiembre, cerca del pueblo de Montignac (Dordoña), cuatro amigos de entre quince y dieciocho años, llevados por la curiosidad propia de la edad, se asomaron a una cueva a la que uno de ellos había intentado acceder, sin éxito, pocos días antes. Decía la leyenda, narrada por los mayores del lugar, que contenía un tesoro. Era una promesa de aventura irrenunciable para unos adolescentes. Al bajar por la cavidad, con la ayuda de un cuchillo y una rudimentaria lámpara casera que apenas iluminaba una estancia que resultó tener unos treinta metros de longitud, los jóvenes, fascinados, vieron confirmadas sus esperanzas. Ahí había un tesoro. Pero no un tesoro como el que imaginaban, sino uno mucho más importante. Eterno, pues haría que tanto ellos (Jacques Marsal, Georges Agnel, Simon Coencas y Marcel Ravidat) como la cueva (Lascaux) pasaran a la historia. Lo que los curiosos jóvenes habían encontrado era una serie de pinturas rupestres de hace 17 000 años, en pleno período magdalenienso. Joya del arte paleolítico, se compone de unas 600 figuras de animales, entre las cuales destacan 364 representaciones de caballos y 90 de ciervos. Una ventana directa a nuestro pasado remoto, congelada en el tiempo y escondida en una oscura cueva en las montañas de la Dordoña. Resulta fascinante pensar en el doble transcurso del tiempo dentro y fuera de la cueva. Un mundo exterior cambiante, dinámico, violento, en contraposición a un mundo interior ajeno al tiempo cotidiano. Mientras en Francia se sucedían los acontecimientos más trágicos del siglo xx, dentro de la cueva nada había cambiado. Era como retroceder directamente a nuestros orígenes, sorteando 17 000 años de historia humana como quien salta un charco para evitar mojarse los zapatos.